

¡In vino veritas!

Dionisos y Cristo: bebida sagrada, sangre y verdad. Encuentros míticos y estéticos del vino con sus dioses

VANESSA BRASIL CAMPOS RODRÍGUEZ

Unifacs, Universidade Salvador (Brasil)

**¡In vino veritas! Dionysus and Christ: sacred drink, blood, and truth.
Mythical and aesthetic encounters of wine with its gods**

Abstract

«And when He had taken a cup, and given thanks, He gave it to them, saying: Drink from it, all of you, for this is My blood». Inside the cup shone a very pure and red wine, one can imagine that it was the tastiest red wine anyone had ever tasted, for it was a metaphor for the very blood of the one who spoke these words: Christ. Two thousand and twenty years later, this ritual is perpetuated every Eucharist in Christian ceremony. However, Christ's relationship with wine had already been recounted in the scriptures, even before the Last Supper: at the wedding feast at Cana. By transforming water into the sacred drink, the nuptials could continue. The transmutation of water into wine is an archaic symbol of the rapturous intoxication of spiritual transformation. In ecstasy, the wine devotee is led to lucidity. To be in a trance is to be taken by a sacred delirium. Dionysus, the Greek god of wine and ecstasy, transformed water into wine at his wedding with Ariadne. In the mystery of Elysium, the goddess Demeter was represented by bread and Dionysus by wine. Bread and wine are the representatives of the body and blood of Christ. Both gods symbolically undergo symbolic acts of dismemberment, devouring, leading to immortality. Sacrifice, violent death, burial, creation, procreation, coming back to life, make up the stories of cyclical myths. We are going to analyse Christ and Dionysus, gods of metamorphosis, of transformation, in mythical texts and in works of art, in which wine appears as a protagonist from the pre-Renaissance to the Baroque period. In this way, we intend to weave the aesthetic and structural encounters of these myths, always considering the myth as a true discourse. And with wine, truth emerges, for from the inner plunge comes revelation. With wine the truth of the subject comes to the surface. *In vino, veritas.*

Key words: Dionysus and Christ. Sacred delirium. Blood and wine. Wine in painting. Wine ceremonies.

Resumen

«Y tomando una copa, y habiendo dado gracias, se la dio, diciendo: Bebed todos de ella; porque esto es mi sangre». Dentro de la copa brillaba un muy puro y rojo vino, puede imaginarse que era el más sabroso de los vinos tintos que alguien ya había probado nunca, pues era metáfora de la propia sangre de quien pronunció estas palabras: Cristo. Dos mil veinte años después, este ritual se perpetúa cada eucaristía en las ceremonias cristianas. Pero la relación de Cristo con el vino ya había sido narrada en las escrituras, incluso antes de la Última Cena: en las bodas de Caná. Al transformar el agua en la bebida sagrada, las nupcias pudieron continuar. La transmutación del agua en vino es un símbolo arcaico de la arrebatadora embriaguez de la transformación espiritual. En éxtasis, se conduce al devoto del vino hacia la lucidez. Estar en trance es ser tomado por un delirio sagrado. Dioniso, el dios griego del vino y del éxtasis, transformó agua en vino en su boda con Ariadna. En el misterio de Eléusis, la diosa Deméter era representada por el pan y Dioniso por el vino. Pan y vino son los representantes del cuerpo y sangre de Cristo. Ambos dioses sufren simbólicamente actos –simbólicos– de desmembramiento, devoración que conducen a la inmortalidad. Sacrificio, muerte violenta, entierro, creación, procreación, volver a vida, integran los relatos de mitos cíclicos. Vamos a analizar a Cristo y a Dioniso, dioses de la metamorfosis, de la transformación, en los textos míticos y en obras de arte en las que el vino comparece como protagonista desde el Prerrenacimiento hasta el Barroco. Así pretendemos tejer los encuentros estéticos y estructurales de estos mitos, siempre considerando el mito como un discurso verdadero. Y con el vino surge la verdad, pues del zambullido interior proviene la revelación. Con el vino la verdad del sujeto aflora. *In vino, veritas.*

Palabras clave: Dioniso y Cristo. Delirio sagrado. Sangre y vino. El vino en la pintura. Ceremonias del vino.

«Y tomando una copa, y habiendo dado gracias, se la dio, diciendo: Bebed todos de ella; porque esto es mi sangre de la nueva alianza». Dentro de la copa brillaba un muy puro y rojo vino, me imagino que el más sabroso de los vinos tintos que alguien ya ha probado nunca, pues fue metaforizado en la propia sangre de Él, el Cristo. Dos mil veinte años después, este ritual se perpetúa en cada eucaristía en las ceremonias litúrgicas cristianas.



Pero la relación de Cristo con el vino ya había sido narrada en las escrituras incluso antes de la Última Cena: en las bodas de Caná, a petición de su madre, la Virgen, transformó el agua en vino y las felices conmemoraciones pudieran continuar.



Dionisos, el dios griego del vino y del éxtasis, ya había transformado el agua en vino en su boda con Ariadna. Así, el vino sustituye a la sangre de Dionisos como la bebida de la inmortalidad. La transmutación del agua en vino es un símbolo arcaico para la arrebatadora embriaguez de la transformación espiritual. En éxtasis, el devoto del vino es conducido a la lucidez. Entrar en trance es ser tomado de un delirio sagrado, y del zambullido interior nace la revelación, el conocimiento.

En el misterio de Eleusis, la diosa de la agricultura, Deméter, era representada por el pan y Dionisos por el vino. Pan y vino son, a su vez, los representantes del cuerpo y la sangre de Cristo. Dionisos y Cristo sufren, simbólicamente, actos de desmembramiento, devoración, antes de ser conducidos a la inmortalidad. Sacrificio, muerte violenta, entierro, volver a vida, son algunas características de estos mitos cíclicos.

En el presente estudio vamos a analizar los mitos de Cristo y Dionisos, dioses de las metamorfosis, de la transformación, en los textos míticos y en ciertas obras de arte del Renacimiento hasta el Barroco, donde el vino aparece como protagonista, siendo el tema central de la pintura.

El arte nos brinda muchas figuras, alegorías y metáforas para representar los temas de los dioses del vino. Tanto en los textos míticos de Dionisos como en los de Cristo, su engendramiento, vida, hazañas, iniciaciones, muerte y renacimiento presentan elementos que están tan intrínsecamente en conexión como el agua que se vuelve vino puro.

La bacanal o *Un río de vino en la Isla de Andrios*, de Ticiano, nos muestra la transmutación del agua en vino como símbolo arcaico para la metamorfosis. Toda la acción de las bacantes y seguidores en el cuadro conduce a la figura de Ariadna, situada en el área inferior derecha, con la piel muy clara y un gesto que simboliza este momento de éxtasis, de comunión con lo divino, de la transformación espiritual.

La copa de vino es protagonista en casi todas las imágenes de Baco. Es traslúcida, de cristal, tiene una abertura ancha y contiene un vino que





puede ser blanco o tinto. En *Bacco*, de Caravaggio, también le acompaña un cesto repleto de frutas que podemos asociar con el erotismo y la sensualidad: melocotones, granadas, higos, uvas blancas y rojas.

El joven Baco sostiene en una de sus manos un lazo de un color muy oscuro. Si observamos el detalle, hay una relación visual entre dicho lazo y la botella de vino, pues ambas presentan un nivel de luminosidad semejante. Es una diagonal que parte de la botella hacia la copa. El lazo anuda, ata, simbolizando el elemento que va a unir al hombre mortal con su dios: el vino.



Destaca la delicadeza con la que Baco sostiene su copa. Es como si se la ofreciera al espectador. Dionisos se asocia a la vid y al racimo de uvas como se muestra en el cuadro de Caravaggio mediante la rica corona de grandes hojas de parra y frutos abundantes. La exhuberancia de uvas y hojas en la corona subrayan el carácter de distribuidor pródigo de vida del joven dios.

Otro detalle que llama la atención del espectador es la granada. Sus múltiples semillas redondas, traslúcidas y rojizas, se muestran en situación análoga a las del racimo de uva. Ambos frutos nos recuerdan algo que se encadena, que se entrelaza, como una colmena de transparentes circunferencias.

En los mitos de Cristo y Dionisos la vegetación, los frutos, el pan de cada día, están en consonancia. Son dioses simples, de los campesinos. Dionisos constituía una seria amenaza para la *polis* aristocrática. Cristo, a su vez, desafió el *statu quo* con su discurso simple y un lenguaje metafórico que remitía a los frutos, los peces, la vid, el pan, elementos presentes en la vida del campesino.

Jesús aparece en múltiples obras de arte con una expresión serena de alguien que se ha resignado a su muerte y al dolor. En las imágenes en las

que el vino constituye un elemento protagonista de la narrativa, la expresión tranquila y relajada de Cristo se hace patente.



La cena en Emaús, de Caravaggio, muestra a un Cristo joven, resucitado, delante de los discípulos asustados e incrédulos. La mesa es un bello bodegón con pan, vino, un ave asada, y un cesto con uvas y otras frutas.

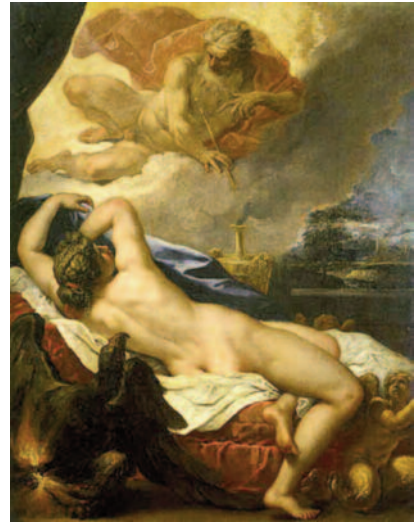
La representación de la cena en Emaús es una metáfora de la última cena, pues reproduce los mismos gestos, elementos, y transformación de algo profano en sagrado.

La transformación de agua en vino es un símbolo arcaico para la arrebatadora embriaguez de la metamorfosis espiritual.

En el cuadro dedicado a las bodas de Caná, Veronese dibuja un pequeño jarrón, justo sobre la cabeza de Jesús, detrás de la balaustrada, para recoger la sangre derramada de las presas. Anuncia así la sangre que el hijo de Dios ha derramado por los humanos y su metáfora como sangre de Cristo en comparación con el vino.



Hay otras semejanzas conceptuales entre ambos mitos. Cristo fue fecundado por el verbo, por la palabra. Fra Angélico, en su *Anunciación* del Museo del Prado, lo representa como un haz de luz, un rayo que se posa sobre María y la fecunda.



Es una metáfora de la palabra del Padre, el verbo hecho carne.

En el engendramiento de Dionisos, La Tierra-Madre, Sémele, es fecundada por el rayo celeste de Zeus. El dios, envuelto en una luz radiante, vestido en todo su esplendor, generó una divinidad cuya esencia se confunde con la propia vida que brota de las entrañas de la tierra.

La imagen del cordero se utiliza con frecuencia para representar a un Cristo que se ofrece en sacrificio a los humanos.



Él es el cordero místico, el agnus Dei.

En *La Virgen con el Niño y Santa Ana*, de Leonardo da Vinci, la fusión del niño con el cordero es tal que parece que María duda entre conducirlo al sacrificio o sacarlo del destino trágico. La asociación de Cristo con un cordero tiene su origen en el ritual del sacrificio a los dioses paganos. Ahora, Él mismo se nombra como cordero del sacrificio, que vino para redimir los pecados del mundo con su vida y muerte.

En el mito griego del dios del vino, en el ápice de la orgía, las ménades matan al dios macho, lo descuartizan y comen sus carnes crudas en un gesto deicida y sacrificial que establece el patrón de lo que Freud llamará «la comida totémica».



En relación con Cristo, un dios más comedido –pese a sus momentos de ira–, observamos que la comunión eucarística (*Este es mi cuerpo y este es mi sangre. Tomad y bebed todos de ellos*) se asemeja a Dionisos en el aspecto de que es el propio dios quien es devorado con la finalidad de apoderarse de su virtud divina, su *dynamis* inmortal. En el acto caníbal dionisiaco o en la comunión cristiana se observa un acto de unión mística (Cristo), y carnal, (Dionisos) del participante con Dios. Rodhe, en su obra *Psique*, ve lo que sería el origen de la idea de una parte inmortal y divina del hombre que es el alma.

Como Cristo, Dionisos es el «muerto inmortal». Mueren, pero vuelven a una vida eterna. El desmembramiento del niño Dionisos y su cocimiento en un caldero resaltan el aspecto de comida totémica.

El cuadro *Cerdo descuartizado*, del pintor flamenco Joachim Beuckelaer, famoso por las metáforas bíblicas, hace referencia a la crucifixión de Cristo y los misterios de la eucaristía, cuyo rito de la devoración se simboliza en la comunión.



El vino es símbolo de la revelación –de la verdad– un pasaje del delirio inebriante, de la embriaguez alucinante, de la locura a la lucidez de un arrebato, algo que se revela para el sujeto en un más allá interior. Esta revelación nos remite a la aprehensión de lo sublime de Kant.



El sentimiento de lo sublime une de forma intrínseca un dato de la sensibilidad con una idea de la razón, produciendo en el sujeto un goce moral, placentero, y donde la estética y la ética hallan su unión y su síntesis. «A través del gozoso sentimiento de lo sublime, el infinito se hace finito, la idea se hace carne, los dualismos entre razón y sensibilidad, moralidad e instinto, número y fenómeno, quedan superados en una síntesis unitaria. El hombre toca aquel que lo sobrepasa y espanta (lo inconmensurable) lo divino se hace presente y patente, a través del sujeto humano, en la naturaleza»¹. La vid es eso que simboliza la inmortalidad, por la multiplicidad de las esferas, cada uva, pequeños mundos superiores luminosos y transparentes.

¹ TRÍAS, E. (2006): *Lo bello y lo siniestro*. Delbolsillo, 39.

Si, hasta hoy, muchos extrañan y se espantan con las múltiples semejanzas del culto cristiano con los hechos mitológicos, esto se debe no apenas a la prudente cristianización de significantes de la mitología griega, oriental y romana, sino sobre todo al espíritu de Dios, que sopla donde le

place. Bajo muchos aspectos, el Cristianismo ha salvado a la Mitología: la desacralizó de su contenido pagano y la resacralizó con elementos cristianos, ecumenizándolos.

Según Mircea Eliade, «cristianizados, dioses y sitios de culto de Europa, recibieron no solamente nombres comunes, sino también reencontraron, de cierta manera, sus propios arquetipos y, por consiguiente, su prestigio universal»².



² ELIADE, M. (1991): *Imagens e Símbolos: Ensaio Sobre o Simbolismo Mágico-religioso*. Martins Fontes, p. 216.

Del punto de vista simbólico, el dios del éxtasis y la orgía, configura la ruptura de las inhibiciones, de las represiones. Dioniso simboliza las fuerzas oscuras que emergen del inconsciente, en las fiestas, en los carnavales, en las aglomeraciones hoy tan añoradas por todos. Necesitamos tanto la prudencia, el orden, la medida, lo apolíneo, como el inebriarse en la locura, perderse en la multitud, vibrar en los carnavales, fiestas, encuentros para celebrar la fertilidad del cuerpo y del suelo.

A través de la metamorfosis o la transformación, mediante el éxtasis, ha surgido una escala que permite al hombre penetrar en el mundo de los dioses.

El dios de la orgía y del entusiasmo configura la ruptura de las inhibiciones, y simbólicamente, metaforiza las fuerzas titánicas que emergen del inconsciente.

Y con el vino la verdad comparece, viene a la superficie del sujeto, pues es un símbolo poderoso y fundador. *In vino, veritas*.